

# El tiempo

Máxima a la sombra	10°
Mínima	5°
Lluvia en milímetros	21
Barómetro a las doce del día	759
— a las doce de la noche	759
Tiempo probable : Continuará el mal tiempo.	

# La Voz de Guipúzcoa

Diario Republicano

# Las mareas

Pleamar:	A las 10' 28 de la mañana.
	A las 10' 52 de la noche.
Bajamar:	A las 4' 22 de la madrugada.
	A las 4' 46 de la tarde.
Sale el sol a las 7.42	
Pónese a las 4.54	
Luna: Llena, el 13 a las 2' 37 tarde.	

TELEFONO URBANO: 0-24  
TELEFONO INTERURBANO: 9-99.

Redacción, Administración y Talleres: San Marcial, 10

APARTADO DE CORREOS: núm. 44.  
LÍNEA TELEGRAFICA: «VOZ»

## Libros

### «YOLANDA»

Novela por Pierre Lhande

Como un espiritual regalo de Pascua, el autor de «Mirentxu» me hace el honor de enviarme su última novela, «Yolanda», primorosamente editada en París por la casa Beauchesne.

«Yolanda» es una novela guipuzcoana. El exquisito escritor vasco-francés ha querido tributar, un nuevo homenaje de amor a la raza vasca en la figura simbólica de una de nuestras mujeres. El asunto de la obra, que es una encantadora fábula, puede sintetizarse en pocas líneas.

La acción se desarrolla en el siglo dieciséis, cuando las relaciones comerciales entre Flandes y Euzkadi estaban en su apogeo. Sebastián de Urdanibia, el maestro herrero de Fuenterrabía, tiene una hija llamada Yolanda, que es el orgullo de la ferretería por su virtud y por su espléndida belleza.

Yolanda tiene un enamorado pobre; Yoanés de Azuriaga, que vive en un peñón de la costa entre vuelos de gaviotas y agitación de oleajes. Yolanda le ama también con ese amor callado, oculto y verdadero de los vascos; pero Yoanés es pobre y el maestro herrero no consentirá jamás en la boda.

Llega a Fuenterrabía un rico armador flamenco. El extranjero no tarda en enamorarse de la bella Yolanda. Pero Yolanda, con horror al extranjero. Y ésta, humillada y enojada, decide raparla en una de sus galeras. El rapto se consuma, pero el humilde Yoanés, que ha sabido vigilar entre las sombras, hace naufragar al barco y salva a su amada después de apresar al miserable. Este

muere aplastado bajo el martillo pilón de la herrería, y Yoanés se casa con la gentil Yolanda. Y termina la obra, como un bello cuento antiguo que se desarrollase en Vasconia, con alegrías nupciales y versos epitalámicos y sonos ceremoniosos de tamboril...

Con este asunto un poco inocente y sin novedad ninguna, Pierre Lhande ha escrito una narración lindísima gracias a la deliciosa galanura de su pluma. Como la novela no tiene las pretensiones de una novela de grandes vuelos, amplia y propiamente dicha, hay que considerarla bajo este aspecto de simple narración.

Pierre Lhande ha querido con «Yolanda» rendir su tributo a la novela de aventuras, tan en boga en estos últimos tiempos. Y su espíritu intensamente evocador por lo flexible y lo documentado, ha tenido que elevarse necesariamente a ese siglo dieciséis, tan fecundo en aventuras para los vascos.

La época está bien reflejada. Pierre Lhande no escribe sin una sólida preparación y cuida mucho de evitar detalles que pudieran parecer anacrónicos. Sus altas condiciones de erudito y de historiador le facilitan sobremanera el paso por el campo de la novela de época. (Brindo el ejemplo a mi buen amigo Loyarte, de quien leería con gusto una novela histórica, mejor que sus constantes recopilaciones de crónicas apologeticas y monárquicas).

Pierre Lhande ha elegido para la acción de su novela uno de los más bellos y más característicos lugares de Guipúzcoa; acaso el más propicio para el desenvolvimiento de un episodio histórico. La vieja Fuenterrabía surge a través de sus páginas sutiles y evocadoras como una clara y luminosa visión del pasado. Pierre Lhande ha sido un admirable reconstructor y ha buscado en las viejas piedras y en los árboles añosos de la ciudad silenciosa y mística, el espíritu de los tiempos lejanos.

Acaso por estar un poco desdibujados entre la maraña del argumento, o acaso por un afán de realismo y de verosimili-

tud, todos los personajes de la obra resultan en cierto modo odiosos a través de las páginas, aun aquellos que el autor trata de favorecer para poematizar en ellos el alma vasca.

La misma Yolanda, que debiera ser el personaje simpático por excelencia, ya que es la protagonista idealizada de la novela, estaría bien que apareciese esquivada ante el galán extranjero, pero dulcemente esquivada, femeninamente esquivada... Pero aparece hurafía, ferozmente hurafía, casi salvaje, cuando contesta a las amorosas palabras del joven armador flamenco —sinceramente enamorado de ella— con estas palabras despectivas:

—Usted es un extranjero y su amor es un insulto para nuestro hogar vasco. Sois rico, pero os aborrezco. Volved a vuestro Flandes y a vuestras mujeres vestidas de brocado. ¡Yolanda de Urdanibia no se casará jamás con un maquetol...

Y Yolanda de Urdanibia, que es la víctima de la obra, aparece en cierto modo achulada por su mafeja y por sus desplantes. El autor ha querido trazar una figura de recia fortaleza vasca que simbolizase el alma de la raza. Y ha creado esa Yolanda, bonita, espléndida de belleza, pero un poco marimacho que se ha a bofetadas con el raptor y está llena de orgullos y de prejuicios seculares. Con lo cual pierde emoción la novela en su conjunto.

El tipo de Sebastián de Urdanibia está bien visto y dibujado de pluma maestra. También lo está Yoanés de Azuriaga, que es acaso, el único personaje amable de la novela. Pero la silueta del armador Jordans es una cosa borrosa en la que no sabemos qué ver; si un enamorado sincero y vehemente, o un miserable malvado. Al principio, es casi un poeta que tiene un madrigal galante para la belleza de Yolanda; luego es un pirata despreciable y soez.

Con querer ser un himno a Euzkadi, «Yolanda» resulta una obra que, al ser leída por gentes ajenas al país, producirá más bien aversión hacia la raza vasca. Esta aparece como una raza brutalmente egoísta y exclusivista; hospitala-

ria, eso sí, con el extranjero; pero humillada en un brutal fanatismo y en un odio innato hacia las gentes que no hablan idioma de Aitor. Para Yolanda no hay hombres buenos ni malos, no hay hombres honrados ni perversos...

No hay más que vascos... y maquetos.

Ingenuamente desarrollada, sin complicaciones psicológicas, sin imágenes nuevas y audaces, «Yolanda» acredita, no obstante, a la pluma brillante del autor de «Mouettes». Está escrita en un francés correctísimo y diáfano y deleita por igual al niño y al lector habituado a ultramodernas literaturas.

Yo la he leído con verdadero placer.  
EMILIO PISON.

## San Sebastián

### hace treinta años

7 DE ENERO

En el teatro Principal se pone en escena la comedia «Militares y paisanos», en la cual tomó parte, representando el papel de capitán Mendoza, el socio del Club Cantábrico, señor Delgado, para quien el público que llenaba el teatro tuvo calurosas ovaciones, y sus compañeros de Club un valioso regalo, como prenda de admiración.

En la prensa aparece un anuncio permitiendo firmas para protestar contra la construcción de un Circo-hipódromo en el parque de Alderdi-Eder.

Hace mal tiempo. Los pescadores que se hicieron a la mar se ven obligados a regresar de arribada.

En un local de la calle Puyuelo comienzan los ensayos de una nueva Sociedad Coral, «que recientemente han formado varios distinguidos jóvenes de esta capital, y de cuya dirección ha quedado encargado un simpático donostiarra, autor musical muy aplaudido».

## Tarjetas de visita

Se hacen en esta imprenta  
SAN MARCIAL, 10, BAJO

## Folleton de LA VOZ

7 de Enero.

Esta obra es propiedad de la Casa editorial MAUGGI, de Barcelona.

## Los misterios del mercado antiguo

la posada, y sólo algunos años después y despedidos del Cuerpo por su mala conducta, volvió a vérselos por el mercado en compañía de varios individuos de la peor calaña y trataron de comprar la vieja y antigua casucha. Pero el heredero del posadero hablaba ya vendido a María la Roja, quien la pagó con dinero contante y sonante y no quiso venderla a ningún precio.

Nadie sabía de dónde había salido la mujer aquella denominada la Roja, ni qué misterio se ocultara en su vida; mas como quiera que era buena y servicial, como el enano no había tardado en contraer amistad con todos los malandrines que infestaban aquel ángulo del mercado y tomaban parte en las empresas, dando a menudo consejos que demostraban que el vicio y la maldad eran innatos en aquel ente deforme, nadie les mo-

lestaba, nadie se cuidaba de indagar los secretos de su morada.

El difunto posadero debió de ocultar a todo el mundo la existencia de aquella trampa homicida, construida por él, puesto que el enano no había oído hablar de ello jamás. Sólo un día, al visitar por casualidad los famosos sótanos, encontró entre las piedras y los vidrios rotos, huesos blancos y descañados: huesos humanos. Semejante descubrimiento, en lugar de aterrorizar a la joven y miserable criatura, la hizo reflexionar detenidamente. Ocultó a su madre lo que había visto, estudió el secreto de la trampa y, cuando lo comprendió, se frotó de júbilo las manos, y pensó que quizá algún día, el precioso descubrimiento le sería de utilidad.

Y el enano no se equivocó.

Cuando el incógnito entró a ver a la niña en compañía de María la Roja, el enano se dirigió a la puertecita fatal, que desde el día del descubrimiento había permanecido cerrada, y abriéndola, no sin hacer un gran esfuerzo, corrió a quitar el pestillo que sujetaba la trampa; luego cerró de nuevo y colocó delante de la puerta la cuba de que hemos hablado.

Ya sabemos lo que ocurrió y cómo cayó el incógnito en el lazo que le tendiera el pequeño monstruo, sin que la sombra de una sospecha hubiese acudido a su imaginación.

Pero, dado el golpe, quiso el enano cer-

ciarse de si realmente el desgraciado había muerto. Sujeta, pues, sólidamente la trampa por el pestillo, pasó por encima de la tabla con la mayor tranquilidad, tomó por la derecha del pasillo, y se encontró delante de un agujero largo y obscuro por el cual se bajaba a los sótanos merced a una escalera larga y tortuosa que parecía conducir a la profundidad de un abismo.

El enano bajaba la escalera apoyándose en la punta de los pies, conteniendo hasta la respiración; un fantasma no habría andado más silenciosamente. Más que de un fantasma, el Rojo tenía en aquel instante el aspecto de un demonio; la luz de la vela proyectaba su sombra en la pared, y a cada instante tomaba formas diversas y espantosas.

Llegado al fondo antes de cojer el pestillo que cerraba la puerta de aquel foso, aplicó a ella el oído. No se percibía el menor ruido: el incógnito había muerto realmente.

No obstante, su asqueroso cinismo, el enano sintió escalofríos ante la idea de encontrarse con un cadáver.

El miserable había robado distintas veces, protegido a los ladrones, contribuido al rapto de una joven de buena familia y distribuido más de una cuchillada en riña; pero, a sangre fría sobre todo, no asesinó jamás. Esta era la vez primera, y el hombre a quien acababa de quitar la vida, no sólo fué el protector de su madre, sino que se entregó a

él con entera confianza. El crimen era, pues, doblemente horrible.

El enano vaciló un momento; era perverso, pero joven todavía, puesto que apenas contaba dieciocho años, si bien por la vida que llevaba y la deformidad de su cuerpo, parecía un hombre de treinta y seis.

De pronto movió la cabeza con ánimo resuelto y entró en el foso. En seguida se presentó ante sus ojos el cuerpo del incógnito, tendido boca abajo, en medio de un charco de sangre.

El chiquitín dejó el farol encima de una piedra, de modo que la luz diera de lleno sobre el cuerpo del difunto y quiso poner el cuerpo del desdichado boca arriba; pero tal era el peso del inerte cuerpo, que, a pesar de sus esfuerzos, no lo llegaba a conseguir. Su respiración iba haciéndose difícil, y su semblante se había teñido de un rojo encendido como el de su cabello.

El aire cálido de aquellos sótanos estaba impregnado de un hedor de sangre que le trastornaba la cabeza, y una especie de rabia apoderóse de él; brotaron de su boca las más inmundas blasfemias; brillaron sus ojos de siniestra manera; sus férreos brazos se apoderaron del cuerpo del caído y con un violento esfuerzo lo volvió como deseaba.

Enjógose entonces el sudor que inundaba su frente con la manga de la chaqueta, y de su oprimido pecho brotó un suspiro prolongado.